



JUEVES SANTO

Queridos hermanos,

Celebramos solemnemente de nuevo, este Jueves Santo, la memoria de la Última Cena con nuestro Señor Jesucristo en esta tierra.

En ella, anticipando su obra definitiva, su cruz y resurrección, culmina, y Él mismo expresa su destino, la misión a la que ha sido enviado por el Padre, iniciada en la Encarnación.

El Hijo de Dios se ha hecho hombre, ha querido ser uno de nosotros, hijo del hombre, hijo de María, realmente y de modo definitivo. Esta verdad vivida por Jesús se expresa ahora en la Última Cena: con nosotros y por nosotros, cumpliendo la misión que no podíamos llevar a cabo. Él va por delante, nuestro Maestro, nuestra Cabeza. Nos reconcilia con la vida, la verdad, la justicia, la sabiduría, con el amor, que tienen en el Padre su fuente y su plenitud; y lejos del cual sólo quedan apariencias de un momento, inquietudes nunca resueltas, injusticias y sombras de muerte.

Pero el Señor hace su camino el primero, por nosotros, por lavarnos los pies y cuidar de los suyos. En Él lucha, ama y vence uno de los nuestros, el primero de muchos hermanos. Él es la primicia de una victoria sobre la muerte que quiere que sea nuestra, de un amor vencedor de todas las falsedades, inteligente y fiel, que quiere que nos sea propio: *que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis*; para que compartáis mi Espíritu, mi Cuerpo y mi Sangre. Para que todo lo mío sea vuestro; que para mí, todo lo vuestro es mío, incluidas culpas y sufrimientos.

Esta es nuestra esperanza, manifestada en la Última Cena: nos ha amado hasta el extremo, no nos dejará atrás o abandonados; nos asegura la comunión, la participación con Él para siempre. Esto dice el sacramento de la Eucaristía, ésta es su obra y su misión, éste es su querer: unirnos a Él, en quien el ser humano alcanza sabiduría y redención, vida plena en la gloria verdadera, la del Padre eterno.

Y esto nos indicaba el lavatorio de los pies: la humildad, el abajamiento radical de quien pone todo su ser a nuestro servicio, para la salvación de todos; y como la verdad del mundo, que no puede idolatrarse a sí mismo, aferrarse a una gloria insustancial y vana, cuya falsedad el tiempo hace siempre patente

Hoy estamos invitados por el ejemplo de Pedro a no caer en la tentación (¿lavarme los pies tú a mí?) de no ver que esta es nuestra gloria y nuestra esperanza, como él comprendió por las palabras de Jesús: ésta es la forma en que tenemos parte con Él, el Maestro y el Señor, en esta vida y en el banquete en que se bebe el vino nuevo del Reino.

Por eso insistía el Señor: haced esto en memoria mía; adheríos de corazón a este misterio de entrega y de comunión, a este abajamiento tan radical por vosotros. Aquí está el centro de nuestra fe cristiana, lo que nos convence cada día a creer de nuevo en Dios, que nos ha entregado a su Hijo y lo ha resucitado de entre los muertos; como lo reconoce, de modo muy consciente, nuestra propia tradición lucense y gallega: ***hic hoc mysterium fidei firmiter profitemur.***

Que el día de hoy fortalezca nuestros corazones y nuestras conciencias. Jesús ha vencido, ha resucitado, está con nosotros y se nos ofrece como el camino. Nos conduce a amar como Él ha amado, no solo a los sanos, sino a los enfermos; no solo a los justos, sino a los pecadores; porque Él nos ha lavado los pies a todos.

Con la esperanza cierta de pertenecer a esta comunión, que Jesús nos ofrece, que seguimos celebrando desde la Última Cena y desde la Pascua cada domingo, no desesperamos nunca, ni de nosotros mismos, ni de nuestro mundo, a pesar del pecado, las injusticias y las guerras. Nuestro propio vivir en la caridad, siguiendo el ejemplo del Señor, es el inicio del mundo nuevo, plenamente real. Por eso, no permitimos que la búsqueda de la gloria y del poder propias del mundo, con sus teorías, inadecuadas, e incluso con sus mentiras interesadas y sus falsos relatos, nos cieguen y nos guíen.

En la unidad radical con Dios y con los hermanos, por obra de Jesús, en la caridad divina que nos enseña y nos da a compartir, en la gracia que brota ya del Resucitado, está el germen de un mundo nuevo, de la relación verdadera con todas las cosas; a lo que ya no queremos ni podemos renunciar, para que nuestro propio corazón no quede en la oscuridad.

Cuidémonos unos a otros, tengamos paciencia, fe y esperanza; aceptemos lavar los pies del prójimo y reconozcamos que también lo necesitamos, que el Señor lo hace con nosotros.

Cumplamos su mandato; guardemos, hagamos memoria de Él, en el sacramento de la Eucaristía. Démosle prioridad a la Santa Misa nuestros domingos, para que ilumine los caminos de nuestra vida con la novedad de esta caridad, que conoce al Dios verdadero y va al encuentro del hermano.

Y pidamos por nuestros sacerdotes, que el Señor Jesús instituyó en esta Última Cena precisamente con la finalidad de que nunca dejemos de hacer memoria viva de Él, de su presencia real en el sacramento, de su comunión con todos nosotros. Pidamos porque la caridad del Señor, que los ha llamado a este ministerio con un amor inmenso, permanezca siempre en sus corazones y los sostenga en sus trabajos.

Pidamos, en fin, que sepamos amar todos como el Señor nos amó; cada uno en su misión y en su tarea en la vida, pero todos hermanos, todos discípulos que hemos reconocido el amor del Señor y hemos creído en Él.

Sabemos que Él es fiel.

+ Alfonso,
Obispo de Lugo